

LUIGI GIUSSANI



**¿SE PUEDE
(verdaderamente)
VIVIR ASÍ?**

LA ESPERANZA

¿Se puede (verdaderamente) vivir así?
La esperanza



100XUNO

Luigi Giussani

¿Se puede (verdaderamente)
vivir así? / 2

La esperanza

Traducción de Carmen Giussani



Título en idioma original: *Si può (veramente?!) vivere così?*

© 1996 BUR Rizzoli

© Fraternità di Comunione e Liberazione

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2024

Traducción de Carmen Giussani

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 133

Fotocomposición: Encuentro-Madrid

ISBN: 978-84-1339-186-1

ISBN PDF: 978-84-1339-852-5

Depósito Legal: M-5781-2024

Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro

Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607

www.edicionesencuentro.com

ÍNDICE

NOTA INTRODUCTORIA	7
PRESENTACIÓN	9

¿SE PUEDE (VERDADERAMENTE) VIVIR ASÍ? LA ESPERANZA

I. LA ESPERANZA

1. ESPERANZA: SÍNTESIS.....	15
2. COMENTARIOS Y DIÁLOGOS.....	17
3. « <i>GIÀ SÍMILMENTE MI STRINGEVA IL CORE</i> » (GIACOMO LEOPARDI).....	72

II. LA POBREZA

1. POBREZA: SÍNTESIS.....	91
2. COMENTARIOS Y DIÁLOGOS.....	101

III. LA CONFIANZA

1. CONFIANZA: SÍNTESIS	151
2. COMENTARIOS Y DIÁLOGOS.....	153
3. MEMORIA, CONCIENCIA DE UNA PRESENCIA.....	177
ÍNDICE DE NOMBRES Y OBRAS.....	197

NOTA INTRODUCTORIA

¿*Se puede vivir así?* (Encuentro, Madrid ¹1996, 2023) es un libro nacido como transcripción fiel de los coloquios desarrollados por don Luigi Giussani con un centenar de jóvenes, decididos a comprometer su vida con Cristo en una forma de entrega total. Dicho libro fue el punto de referencia para el diálogo mantenido por el mismo Giussani con dos grupos de jóvenes que iniciaron el camino del noviciado en los *Memores Domini* durante los cursos 1994/95 y 1995/96. Los encuentros semanales de formación se dedicaban alternativamente a lecciones, en las que se comentaban los pasajes fundamentales del texto ya publicado ¿*Se puede vivir así?*, y a momentos de asamblea sobre dichas lecciones. El libro que ahora presentamos refleja los frutos de ese trabajo:

— la parte central de cada capítulo reproduce los diálogos con los jóvenes;

— un apartado por capítulo explicita sintéticamente la naturaleza de la virtud descrita y los pasajes fundamentales en los que se articula la lección;

— algunos capítulos contienen apartados dedicados a temas específicos, según iban surgiendo en el transcurso del año (problemas o aspectos de la vida afrontados con particular atención, preocupaciones de método, propuesta de algunos pasajes de literatura).

Para facilitar la utilización de este libro como instrumento de profundización del volumen precedente, los comentarios y las preguntas

se han ordenado conforme a la articulación de las lecciones de *¿Se puede vivir así?* a las que hacen referencia. Para identificar inmediatamente las distintas partes del libro, los pasajes de *¿Se puede vivir así?* se reproducen con un cuerpo de letra más pequeño y con un sangrado distinto, mientras que todas las intervenciones de los jóvenes se reproducen en cursiva.

La presente edición reproduce los textos de la edición original italiana correspondientes a la segunda parte del volumen original, dedicada a la virtud de la *esperanza*, junto con su condición esencial, la *pobreza*, y su consecuencia práctica, la *confianza*.

¿Se puede (verdaderamente) vivir así? La esperanza es el segundo tomo de la trilogía, que se completará con el texto dedicado a la virtud teologal de la *caridad*.

PRESENTACIÓN

¿De qué modo podemos aprender, aunque sea balbuciendo, un lenguaje nuevo y verdadero, el lenguaje de la verdad de las cosas? A dos amigos se les une la compañía de un tercero que, desde hace ya algún tiempo, está habituado a mirar las cosas de un cierto modo, a leer las frases considerándolas despacio, repitiendo pausada y detalladamente las palabras más importantes. «¿Qué significa esta palabra que retorna una y otra vez y que nos han dicho que es la más importante?». Al principio uno se lo plantea personalmente, luego pregunta a otro, después los dos le preguntan a una persona mayor que ellos. Entonces leen juntos, estudian de memoria la expresión que parece difícil pero es bella. Y es bella porque dice algo verdadero, dice la verdad. Lo verdadero se disfruta solo al comprender el contenido de lo que se dice; no se saborea ni se gusta porque *placet auribus*, porque regala el oído. Y cuando hay una palabra que los tres no consiguen aclarar bien, que no consiguen entender del todo por qué forma parte del discurso, entonces los tres se dirigen al que ha formulado el discurso para preguntarle: «¿En qué sentido esta palabra forma parte del discurso?». Y entre cuatro la pregunta se resuelve mejor que entre tres.

Así concebían el estudio los medievales. Sus libros lo demuestran: el texto correspondía a un pasaje de la Escritura que había que examinar, valorar y estudiar; los márgenes eran tan amplios que, mientras

se leía el texto en la escuela y cada uno aportaba sus consideraciones, llegados a un cierto punto todos escribían en ellos el resultado de la discusión que el maestro les había hecho comprender persuasivamente. «El resultado de la discusión es éste: la caridad es don, don gratuito y total». Por eso, en los márgenes de los libros medievales de los estudiantes universitarios de Bolonia encontramos escrito: «La caridad es don...». Es el comentario final al problema abordado, la explicación del texto.

Pero la verdadera escuela son aquellos dos. O, mejor dicho, aquellos tres, porque sin un maestro no hay escuela; sin alguien que ya haya dado ciertos pasos y, por consiguiente, indique la dirección inmediata a tomar, no hay escuela. O quizás, aún mejor, aquellos tres junto a quien es el responsable de lo que se dice y de cómo se dice, de cómo se defiende un concepto que se pretende definir. Esta es la escuela que permite retener lo verdadero y, sobre todo, la que nos introduce en la comprensión de qué tiene que ver eso con nuestra vida diaria.

No es algo que se refiere al más allá, sino a este mundo, porque el mundo venidero será la consecuencia, la continuidad de algo que ya empieza en este mundo. Porque, puesto que estamos hechos por el Ser, o sea, por Dios, el otro mundo no será otra cosa que la manifestación visible de nuestro ser como hechura de Dios, por tanto, una manifestación visible que se despliega necesariamente como amor. Se podría decir que el más allá, o lo eterno, es el fundamento «necesario» de todo lo que es verdadero, cuyo color apenas se vislumbra en este mundo, como si fuera algo que siempre puede pasar desapercibido. En este mundo podemos siempre equivocarnos, pero lo eterno es la verdad de la realidad misma.

El presente texto nace de este modo de concebir la escuela, la enseñanza y el aprendizaje.

¿SE PUEDE
(VERDADERAMENTE)
VIVIR ASÍ?
LA ESPERANZA

I. LA ESPERANZA

1. ESPERANZA: SÍNTEISIS

La esperanza es una certeza sobre el futuro
en virtud de una realidad presente.
Por tanto, es la presencia de Cristo,
que advertimos mediante la memoria,
lo que nos da confianza ante el futuro.
Y entonces es posible caminar sin detenerse,
«tender» sin límites hacia la meta,
a partir de la certeza de que Él,
que posee la historia,
se manifestará en ella.
(Pascua de 1996)¹

Una síntesis elemental es importante, porque recoge y pone en valor todo lo que hemos dicho sobre la esperanza²; y además impide que *nous égarer*, que nos desviemos.

Primero. Existe una presencia, en la vida del hombre hay una presencia: la presencia de las personas y de las cosas. Estas presencias ejercen una fascinación sobre el hombre, de modo que afronta su relación con la realidad a partir de los deseos que constituyen el resorte de todos sus dinamismos. El hombre no es «un muermo». Los atractivos que tiene esta presencia suscitan en él los ideales de la vida:

¹ El llamado Manifiesto de Pascua es un texto de meditación acompañado de una imagen que, a partir de 1982, el movimiento de Comunión y Liberación difunde anualmente con ocasión de la Pascua. Para el manifiesto de 1996, cf. L. Giussani, *El rostro del hombre*, Encuentro, Madrid 1996, p. 109.

² L. Giussani, *¿Se puede vivir así?*, Encuentro, Madrid 2023, pp. 159-229.

la belleza, la verdad, la creatividad, el trabajo (la creatividad coincide con el trabajo). El hombre se apega a estos ideales y todo su apego —por consiguiente, la estima que tiene por sus mismos deseos— le ciega acerca de su carácter provisional: el hombre no ve que todos esos ideales son signos, señales puestas a lo largo del camino.

Segundo. Acontece una presencia excepcional, la del Verbo de Dios encarnado en el seno de María. Se trata de la presencia de aquel por quien están hechas todas las personas y las cosas, de aquel que ha creado el mundo, por lo que todas las realidades creadas son signo de él, en él encuentran su verdad (si no, serían mentira) y su propio cumplimiento (si no, serían vanas) las criaturas. Todos los ideales que se despiertan en el hombre a lo largo del camino están en función de Él, que es el ideal; los deseos del hombre son certeros y eficaces cuando se viven en función del deseo de Cristo. Las experiencias del amor, de la búsqueda de la verdad, la fecundidad, la capacidad de construir en la vida son formas para adentrarse en la experiencia de Su misterio: este es el ideal de la vida del hombre después de que Él haya venido para permanecer con nosotros hasta el día de su gloria. Por tanto, vivir en la espera de Cristo es la esperanza de toda esperanza.

Tercero. Por consiguiente, Él debe entrar a determinar todos los intentos mediante los que la esperanza humana —¡la esperanza es el motor!— busca la experiencia suprema, última, que vuelve cien veces más exaltantes los anticipos que constituyen las experiencias humanas habituales. Una capacidad de familiaridad con Cristo, de relación amorosa con él, un incremento del valor del trabajo, una exaltación del afecto, un protagonismo histórico como creación del pueblo de Dios: estas son las consecuencias.

Cuarto. El error permanece como dolor, pero no es una objeción: «Todo esto no ha existido. Solo Él es»³. Realmente, entendimiento,

³ Cf. O.V. Milosz, *Miguel Mañara*, Encuentro, Madrid 1991, p. 45.

corazón, voluntad... toda nuestra capacidad de relación, casi insensiblemente, se focaliza en Cristo: «Solo Él es». Lo cual no solo no supone excluir a mi padre y a mi madre, sino que implica insertarlos en esa exaltación de lo humano que es la gloria de Cristo; mi padre y mi madre se incorporan a él, entran a formar parte de su figura; y la persona más amada entra en su figura, en el corazón, en el centro de su figura.

Quinto. El lugar de este acontecimiento es una compañía eclesial; eclesial quiere decir de gente que se junta por Cristo. La naturaleza de nuestra compañía es pura amistad y, con el deseo de que seamos cada vez más amigos, ¡vámonos a comer!

2. COMENTARIOS Y DIÁLOGOS

Nuestro primer objetivo no es el de juzgarnos a partir de cómo respondemos, de cómo hemos correspondido a lo que se nos propone, sino el de juzgar el tramo que hemos recorrido, desde un punto de vista de comprensión crítica; tiene que ver, por tanto, con nuestra inteligencia de las cosas, con cómo hemos aprendido lo que nos han dicho, con cómo influye todo lo que se nos dice en nuestra mentalidad, en nuestra cultura, en nuestra forma de mirar la realidad. No se trata de saber repetir todo lo que hemos escuchado, sino de asimilar lo esencial: cómo hemos conservado la palabra que es objeto de nuestro tema en su definición, que siempre es válida, tanto en el ámbito de la fe cristiana como en el de la relación con tu madre. Puesto que el significado de las palabras esenciales, tal y como lo propone el mensaje cristiano, es el mismo que tienen en la relación de un niño con su madre. Las palabras tienen un valor natural y uno sobrenatural (un valor que es propio del sentimiento que Cristo tiene del hombre; sobrenatural se refiere a esto). El valor que las palabras adquieren en el sentimiento que Jesús de Nazaret tiene del hombre coincide con el valor original que tienen en el ámbito de las relaciones humanas.

Por ejemplo, la obediencia, como ya dijimos, vale para la concepción de la vida que tiene Jesús como para la concepción de la vida que tiene Caifás —a sus hijos, Caifás les decía: «Oye, granuja, te lo has buscado...»—, vale para Caifás lo mismo que para Jesús: la obediencia representa una dinámica natural, una ley de la vida natural, así como representa una dinámica de la vida nueva que ha traído Cristo, una ley de esa vida distinta que ha traído Jesús, que vivía Jesús (el cual no era demasiado condescendiente, dado que, pasando de sus padres, se quedó en Jerusalén para discutir, ¡con doce años! ¡Con doce años ya se le venía venir!).

Aludí al niño con su madre para indicar el origen mismo de estas palabras: ese origen pulsa en el recién nacido, se agita en sus primeros pasos y da comienzo a un camino que no terminará nunca; lo quiera o no, lo reconozca o no, ¡no terminará nunca! Puede cambiar el modo de expresarse —cómo cambia nuestra manera de obrar a lo largo de veinte años, treinta años—, puede cambiar de forma (por ejemplo, con la muerte), pero la existencia que arraiga y se desarrolla, florece para siempre. Ahora me interesa la disputa sobre la última palabra de nuestra temática que hemos intentado clarificar: la esperanza. Vamos allá.

Intervención — Antes de comenzar este año de noviciado, palabras como «esperanza», «libertad», me resultaban conocidas, como si ya supiese definir sus contornos. Sin embargo, ahora se han convertido en realidades insondables, de las que no vislumbro el fondo.

Estupendo, amigo. Es cierto.

Intervención — Si por una parte esto me genera un asombro enorme, por otra me reclama al uso de todas mis facultades, porque percibo la responsabilidad que tengo. Sé que me ha sucedido algo grande, pero la responsabilidad, a veces, me pesa.

Este último aspecto revela dónde está el problema. Justamente porque los márgenes de esas experiencias son misteriosos y, por ello, insondables para nosotros, todo —este es el ataque diabólico, lo

negativo— tiende a hacer que te resulten pesadas y, si son pesadas, tú pasas: «Son muy pesadas, *ergo* paso». En cambio: «Son misteriosas, insondables, *ergo* te invoco, Señor. Ven y no permitas que yo vuelva a la monotonía y a la insignificancia de todos; por el contrario, haz de mí un corazón que no deja tregua al corazón de nadie».

Antes de nada, mirarás a los que se crucen contigo —quienesquiera que sean— y, al mirarles, te fijarás en su corazón; entonces ellos se rebelarán, harán lo posible para restarle importancia, para librarse de ese lazo y mentirán contra ti para poder escabullirse.

A ti te toca pedir. Frente al Misterio solo hay una cosa que el hombre, que proviene de la nada, puede hacer, desnudo como salió del vientre de su madre: pedir —en eso estriba la diferencia entre el niño y el animal, el niño pregunta, pide— orar, invocar, suplicar la gracia de adentrarse cada vez más en el Misterio, de ahondar más profundamente en el Misterio.

Si alimentas este deseo, el clima de tu vida cambia por completo, y tú lo entiendes, especialmente cuando te equivocas; la alegría, que vuelve a aparecer en tu vida, puede ser equívoca, puede ser superficial; lo que mejor te hace entender es cómo sientes lo que es el pecado. El pecado es triste; triste porque va contra —no porque va contra una idea o una norma—, va en contra tuyo, va contra ti, Señor. Y eso se te queda dentro como una tristeza que constituye el trasfondo de la cara de san Pedro, especialmente tras sus últimas traiciones.

No sé cómo decirlo de otro modo, pero pedir constituye la riqueza del que no tiene nada. ¿Qué tenemos que sea nuestro? El poder del que no tiene nada es pedir. Como san Juan cuando apoyó su cabeza sobre el pecho de Jesús en la última cena: era una forma de pedir. El Evangelio no dice que Juan le pidiera algo a Cristo; no formuló peticiones, pedía con todo su propio ser. ¿Recordáis la imagen de Giotto?⁴ Pedía. ¿Qué representa esa imagen? Alguien que pide: calla,

⁴ Se refiere a la imagen del Manifiesto de Navidad de 1993, que reproducía un detalle de Jesús con Juan en la última cena (Giotto, *Última cena*, Capilla de los Scrovegni, Padua).